



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EL CONFLICTO PALESTINO ISRAELÍ.

RECURRENCIAS HISTÓRICAS; NUEVOS DILEMAS

Judit Bokser Liwerant

La situación por la que hoy atraviesa el conflicto palestino-israelí recoge, condensa y a la vez, aporta nuevos elementos a un prolongado proceso que exhibe etapas diferenciadas y diversos ciclos en los que han alternado el diálogo y la violencia.

Si bien este, como otros muchos conflictos que se han perfilado en el Medio Oriente son fundamentalmente políticos, sus raíces históricas, su permanencia y su profundidad apuntan hacia dimensiones y móviles no sólo políticos, sino también de carácter primordialista, como son los étnicos, los religiosos y los nacionales. Entre los actores no sólo han estado en disputa fronteras y territorios, sino también derechos y memoria que se han dado en el marco de una realidad en la cual los diversos grupos han vivido al tenor de un extrañamiento mutuo en el marco de reclamos contradictorios.¹ Se trata, sin duda alguna, de un sostenido proceso en el que se han arraigado estereotipos, prejuicios y satanizaciones que han alimentado la suspicacia y la desconfianza, a lo que ha abonado gran parte de la narrativa mediática.

Las percepciones, actitudes y comportamientos reforzaron históricamente una dinámica que parecía imposible de ser alterada. El proceso de paz israelí-palestino que comenzó en la última década del siglo pasado significó un parteaguas que, en sus diferentes momentos, parece haber afectado dicha inercia, arrojando nueva luz sobre las posibles relaciones entre las partes. Mientras que las transformaciones en el ámbito internacional ampliaron las condiciones estructurales para la negociación del conflicto, los cambios internos en la región se han expresado en procesos contradictorios: por una parte, el surgimiento de novedosos ejercicios de voluntad política de negociación; por la otra, el despliegue de actores radicalmente

1 Shlomo Ben Ami, ¿Cuál es el futuro de Israel? Barcelona: Ediciones B, 2002.

opuestos a este ejercicio. El protagonismo o marginalidad de estos últimos ha sido un factor decisivo, lo que apunta, a su vez, a un eje analítico que debemos tomar en cuenta: los diferentes perfiles y grados de institucionalización de las partes involucradas. En el marco del carácter gradual de la construcción de entendimientos políticos, el éxito depende no sólo de los alcances de los acuerdos negociados sino también de la capacidad de neutralización de los elementos opuestos a la negociación y al diálogo. Estos últimos, a pesar de la lentitud y los altibajos, en la medida en que excluyen la violencia seguirán formando parte de las soluciones al conflicto.² Su ausencia lo torna más agudo y amenazante. La violencia cuestiona el ámbito de la política.

Cierto es que el conflicto conjugó desde sus inicios diferentes ejes: el interestatal, entre el Estado de Israel y los países árabes; el intercomunal, entre aquel y los palestinos y el derivado de las rivalidades y pugnas al interior del mundo árabe. Hoy se suma el eje alrededor del cual se despliegan de manera contradictoria los movimientos fundamentalistas islámicos y los intereses y reclamos nacionalistas palestinos. Una dimensión adicional, la internacional, ha jugado un papel determinante a lo largo de la historia. En este sentido, la reconfiguración geopolítica en el marco de los procesos de globalización ha marcado de manera alternativa la importancia de las dimensiones globales, regionales, nacionales y locales.

En un contexto de permanentes cambios, complejidad e interdependencia, procesos estructurales y acción política son binomios que actúan reforzando las recurrencias históricas y dan lugar a nuevos desafíos y dilemas. En este artículo habremos de explorar algunos de estos, y al tiempo que atenderemos las transformaciones que propiciaron un acercamiento entre

2 Mario Sznajder, "Israelíes y palestinos: balance parcial de la Intifada armada" 2002 (mimeo)

las partes nuestro análisis explora los obstáculos y apunta a la coyuntura actual.

LAS TRANSFORMACIONES

Visto desde la perspectiva de la dimensión internacional, han sido las condiciones cambiantes de vuelta de siglo en este nivel las que ampliaron la voluntad política de negociación que dio inicio al proceso de paz. El fin de la bi-polaridad, la guerra del Golfo y las condiciones de reestructuración mundial operaron, al iniciar la década de los 90 del siglo pasado como los detonadores del acercamiento político. Con la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS se abrió entonces la posibilidad de separar los acontecimientos regionales de los intereses de las dos superpotencias, lo que significó la ruptura de un patrón histórico recurrente de ordenamiento político regional en función de los intereses de las potencias imperiales, primero, y de las dos superpotencias, después. En todo caso, los conflictos de la región dejaron de depender de las órbitas rivales que impedían su atención específica más allá de confrontaciones por áreas de influencia, abriendo la posibilidad de explorar y diseñar nuevas alianzas. En este contexto se perfiló el papel protagónico que Estados Unidos jugaría, mismo que se construyó a partir de las necesidades e intereses cambiantes de las partes. En una mirada amplia, lo que cada parte buscó entonces, tanto en términos territoriales estratégicos como económicos, resultó ser tan contradictorio como en el pasado, por lo que las garantías de apoyo y/o seguridad concedidas por Estados Unidos operaron como el aliciente indispensable para dar el paso inicial del proceso.³

³ En el análisis se recogen planteamientos del artículo Judit Bokser Liwerant, "El conflicto palestino-israelí. Los altibajos en la construcción de 'la paz'". Revista de la Universidad Hebrea. Número especial 'mayo 2006', pp.26-41

Por su parte, al arrojar nueva luz sobre los límites de un alineamiento panárabe, la guerra del Golfo también amplió las condiciones estructurales para la negociación del conflicto.⁴ La invasión iraquí a Kuwait alteró el sistema de equilibrio que existía en el mundo árabe y afectó los intereses vitales de importantes Estados de la región; paralelamente, puso en claro los límites de los principales organismos e instancias regionales para resolver la crisis dentro del marco del mundo árabe.

Entre los principales impactos que la guerra del Golfo tuvo sobre la ampliación de los espacios de negociación destaca el papel ascendente de los países más moderados y pragmáticos en el terreno regional, cambio que habría de inaugurar un nuevo patrón de realineamiento. De este modo, las transformaciones internacionales permitieron diseñar la metodología que gestó la Conferencia de Paz de Madrid, tanto en su circuito bilateral como en el multilateral.⁵

De igual modo, la búsqueda de una nueva inserción en la economía internacional actuó en el sentido de acercar a las partes. La toma de conciencia de que la reestructuración política a nivel mundial estaba asociada a la lógica de los mercados alentó la visión de la conveniencia de pacificar la región para poder construir las condiciones que hicieran atractiva la zona para los capitales mundiales. La opción de un mercado regional abrió la posibilidad de modificar los antagonismos de antaño

Aharon Klieman, "Gulf Crisis and New World Order: The Perils of Linkage", Joseph Alpher (coord.), *War in the Gulf: Implications for Israel*, Tel Aviv University, Jaffee Center for Strategic Studies, 1992.

4 Los intereses de Israel y los de la mayoría de los países árabes, excepción hecha de Libia, Mauritania, Yemen, Sudán, Túnez, Jordania e Irán, así como la OLP y Hamas, encontraron puntos de coincidencia, entre los que destacó el detener las pretensiones hegemónicas de Irak. J. Bercovich, y B. Mandell, "Conflict Management and Peace Making in the Middle East", *International Problems. Society and Politics*, vol. XXXII, 60, 1993.

5 Mientras que la dimensión multilateral representaba la nueva posibilidad y la importancia de construir interdependencias en las esferas funcionales, tales como en la economía, salud, tecnología y educación, el circuito bilateral, esencialmente político, buscó sentar las bases que facilitar en dicha interacción. De este modo, la apuesta fue acceder, simultáneamente, a acuerdos políticos que permitieran la interacción funcional.

a partir de intereses convergentes y contribuir a elevar los niveles de vida y acortar las desigualdades existentes entre las poblaciones.

La apuesta fue al tránsito en el discurso político de los referentes nacionalistas y religiosos al del desarrollo económico como fuente de legitimación y movilización de las partes.⁶ Ciertamente es que, desde entonces, también se perfilaron profundas incógnitas en torno a la capacidad que tendría la lógica del mercado para imponer su propia dinámica y construir nuevas plataformas de despegue. La visión de la zona como un mercado regional que permitiese modificar los antagonismos a partir de intereses económicos convergentes y de la cooperación encontró desde entonces voces críticas que llamaron la atención sobre los riesgos de generar nuevas formas de dependencia o paternalismo, reales o imaginarias.⁷

Paralelamente, y en los planos locales, lo que ha sido conceptualizado como la fatiga de las partes fue detonadora de una renovada voluntad política.

Desde la perspectiva israelí, esta fatiga se derivaba inicialmente del hecho de que el conflicto con el mundo árabe en general y con los palestinos en particular no ha sido un conflicto más en su existencia independiente, sino el decisivo, y su desarrollo ha afectado partes centrales de la vida nacional, no sólo políticas, sino también sociales, ideológicas y culturales. El rechazo originario del mundo árabe a su existencia como sociedad y Estado marcaron la lógica de las principales guerras para la concreción de su proyecto. Las sucesivas confrontaciones bélicas dejaron de manera

6 J. Bill, y R. Springborg. *Politics in the Middle East*. New York, Harper Collins, 1990.

7 Shimon Peres, "La apertura a la paz en la política exterior israelí", Tamar Hermar y Robert Twite (eds.), *The Arab-Israeli Peace Negotiations, Politics and Concepts*, Tel Aviv, Tel Aviv University Press, 1993; Shlomo Avineri, "Sidestepping Dependency", *Foreign Affairs*, vol. 73, n° 4, julio-agosto de 1994; Yoash Tsiddon Chatto, "The Economic Framework", *Political and Structural Arrangements in the New Era of Israeli-Palestinian Relations*, Jerusalem. Conference Proceedings, Jerusalem Center for Public Affairs, 1994.

progresiva nuevas improntas sobre diversas dimensiones de la vida individual y colectiva de la sociedad israelí, entre las cuales cabe destacar el hecho de que la cuestión de la seguridad nacional –aspecto central de la autopercepción y la autoconciencia colectiva– dejó de ser objeto de consenso para convertirse en un tópico sujeto a la discusión pública. De un modo contradictorio, si se quiere, junto a un incremento en los sentimientos de inseguridad de la población israelí, el uso de la fuerza militar en el seno de la población civil devino un asunto controversial.⁸

A su vez, en la medida en que la identidad nacional como identidad colectiva es imaginario social y construcción de presentes institucionalizados, la presencia de la población árabe en el seno de la sociedad israelí en un contexto de conflicto ha confrontado al Estado de Israel con un dilema básico de identidad cultural y política. Este ha sido formulado en términos del desafío de mantener su doble carácter de Estado judío y democrático. Si en nombre de la democracia le es concedida la igualdad de derechos a la minoría y eventual mayoría árabe, perdería su carácter judío y si en nombre del compromiso con este último no lo hace, podría ver amenazado su perfil democrático. Se reforzó así la conciencia de que de no arribar a una solución política, las identidades se afectarían de modos diametralmente opuestos por las tendencias demográficas encontradas de las poblaciones árabe-palestina y judía.⁹ Cabe destacar, paralelamente, que la Primera Intifada reforzó aspectos básicos de la identidad de la población árabe a partir de lo cual se ha dado un proceso de palestinización de

8 Judit Bokser Liverant, Op. Cit; y "The Middle East: Between War and Peace", en *Journal of American Studies in Turkey*, N.17, primavera 2003, pp. 53-78.

9 Ben Meir, "Israelis and Palestinians: Harsh Demographic Reality and Peace", *International Problems Society and Politics*, vol. 32, 60 (1-2), 1993. Sergio DellaPergola, *La Fuerza del Número*, Italia, Milano, 2008 [italiano]

su identidad política y de creciente percepción de que había un destino común compartido con la población palestina. Junto al crecimiento poblacional desigual, el decrecimiento de los flujos inmigratorios judíos así como a la dinámica de los procesos de emigración ha conducido a que diversas proyecciones señalen que los árabes serán mayoría en Israel. En este sentido, el factor demográfico ha devenido un asunto central.

Por último, desde un ángulo político global, la sociedad israelí, frente a la diversidad del espectro ideológico y político, marcó un mosaico de opciones diferenciadas que habrían de alternarse en sucesivos gobiernos en los que las alianzas cambiantes han conducido a serias redefiniciones binomio paz-seguridad. El carácter acumulativo de los vaivenes explican las alteraciones que las propuestas y los actores que las abanderan han sufrido. Las expectativas y demandas de los grupos de los colonos en los asentamientos ha incorporado un entramado religioso-nacionalista cuya marginalidad no ha impedido su impacto político.

Por su parte, los procesos de transformación que la sociedad palestina ha experimentado competen tanto a las bases y sus perfiles cambiantes como a la lógica de su liderazgo en el contexto del mundo árabe. La dinámica de los patrones políticos de organización y acción palestinas así como de los centros de poder, ha estado estrechamente ligada a los desarrollos socio-económicos y culturales en los territorios ocupados así como a las correlaciones cambiantes en las hegemonías políticas y religiosas en la región. Estos procesos, de diferente índole, han estado detrás tanto de la voluntad de soluciones políticas como de la instauración de la violencia como terreno de la no-política, oscilación que perdura hasta la prevaeciente aunque diferenciadas postura de los liderazgos actuales.

Ciertamente la población se ha visto atravesada por interacciones difíciles entre profesionalización, frustración económica y desgaste por la falta de satisfacción política, detonando una violencia que ha permeado práctica y discursivamente la vida y los procesos políticos en la región. El perfil de estas nuevas generaciones, con un carácter más profesional, aunque menos lucrativo generó, a su vez, mayor descontento social y, por ende, mayor radicalización política. Un modo extremo de ejemplificar esta situación lo encontramos en la figura del atacante suicida, en el que convergen, además de juventud, altos niveles de educación. Muchos de los atacantes fueron reclutados por el llamado “Bloque Islámico” de la Universidad Al Najah, en Nablus, y por activistas de la Universidad Islámica de Gaza.¹⁰ La autoimagen construida por la negación del Otro también se vio radicalizada a través de su intelectualización.

De este modo, así como la fatiga de las partes logró crear condiciones propicias a la búsqueda de soluciones pacíficas, sus logros fragmentarios y la frustración de amplios sectores de la población palestina, el creciente deterioro de la seguridad en Israel y en los asentamientos israelíes, por un lado, y las lógicas políticas divergentes, por el otro, enmarcaron una abrupta interacción entre diálogo y enfrentamientos, paz y guerra, lo que ha ido agravando sucesivamente las condiciones en la región.

Gradualmente se hizo más difícil la convivencia de los esfuerzos de negociación política con la oposición violenta a ella, evidenciando el riesgo, en el caso del liderazgo palestino, no sólo de no poder neutralizarla, sino de descubrirla como aliada y recurso estratégico. De hecho, esta doble dinámica ha

10 Nahman Tal. “Suicide Attacks. Israel and Islamic Terrorism”, Strategic Assessment, vol. 5, n° 1, 2002, Tel Aviv, Jaffe Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.

caracterizadas las líneas de acción de la emergente Autoridad Palestina: un recurrente doble estándar discursivo y práctico de frente a la política como ámbito de negociación y a la violencia como auténtico espacio de acción. Ambos momentos conviven de manera tensa.

Desde esta mirada retrospectiva, señalemos que a través de sucesivos puntos de inflexión acabaron se debilitaron las posibilidades del proceso de paz. Tal como adecuadamente afirma Mario Sznajder,¹¹ cada parte actuó dentro de los límites que sus estructuras, instituciones y nivel de legalidad le permitieron; el incremento de la violencia, a su vez, condujo a los liderazgos a decidir qué camino tomar. Mientras que en el caso israelí la alternancia política marcaría las sucesivas discontinuidades del proceso, en el caso palestino la no voluntad de pagar el precio de la alternancia política explica en gran parte la radicalización incremental, la permanencia de un liderazgo radicalizado y el ascenso del fundamentalismo y su acceso a la dirección política.

En la sociedad palestina, e interactuando con una tendencia regional, la violencia generó el fortalecimiento del fundamentalismo islámico a expensas del debilitamiento del liderazgo político nacional. Si bien el fundamentalismo islámico no es distinto, en el fondo, de cualquier otro fundamentalismo religioso y como tal es hijo del desencanto y la decepción frente a los experimentos de la Modernidad que, a sus ojos, les ha fallado a través de la contaminación de la secularización, en el mundo musulmán adquirió una creciente relevancia religiosa y social. Profundamente antilaicista, esta visión de mundo no sólo condenó a los regímenes occidentales “infiel” sino también a aquellos gobiernos musulmanes que relegaban al Islam a un papel marginal. Contrariamente a una visión prevaleciente que

11 M. Sznajder, *op. cit.* y “Revista de la Universidad Hebrea, Número especial, mayo 2006.

tiende a explicar el surgimiento del fundamentalismo como resultado del deterioro económico, factor que ciertamente contribuye ampliamente a su desarrollo, este es el resultado de procesos de cambio social acelerados que generan una creciente diferenciación y diversificación de los modos y estilos de vida prevalecientes que conducen a la pérdida de los centros referenciales (y certezas), tanto económicos como culturales y políticos.¹²

Esta visión de mundo condenó a los regímenes occidentales “infieles” y a aquellos gobiernos musulmanes que relegaban al Islam a un papel marginal. Unos y otros fueron considerados “yahilí”, bárbaros, y, por ende, debían ser combatidos a través de la jihad y derrocados. Su ascendencia en el seno de la población palestina estaría nutrida, a su vez, por la ausencia de políticas públicas y sociales de la Autoridad Nacional Palestina y por su corrupción, factores que abrieron la puerta a que los grupos fundamentalistas llenaran el vacío desde la sociedad civil, permeando el propio tejido social, y hasta conquistar el poder por la vía electoral en Gaza.¹³

12 Mientras que en el nivel cultural el impacto de los factores externos de cambio social es vivido como una amenaza de a las premisas religiosas o civilizatorias básicas, los grupos sociales portadores del fundamentalismo provienen de sectores -viejos o nuevos- que se sienten, o que en efecto han sido, desposeídos del acceso a los centros. Shmuel Noah Eisenstadt (mimeo), “Fundamentalism: Phenomenology and Comparative Dimensions”. Jerusalem, The Hebrew University of Jerusalem, 1992.

13 Si bien núcleos de este tipo surgieron ya desde la década de los años sesenta con el propósito declarado de destruir el Estado de Israel, algunos de ellos, como la organización Fatah que luego constituiría el núcleo principal de la OLP, optarían años después por la línea política. Sin embargo a la luz de la segunda Intifada, Fatah apoyó abiertamente e, inclusive, participó en no pocos actos de terrorismo contra la población civil israelí a través de tres de sus “brazos militares”: la Fuerza 17, Tanzim y la Brigada de los Mártires de Al-Aksa.

hamas, por su parte, se opuso desde su fundación en 1988, a la existencia de Israel en cualquier forma. En su plataforma constitutiva declara que “no existe una solución a la cuestión palestina más que la guerra santa” y su propósito ha sido el de instaurar un Estado islámico en lugar de la “entidad sionista”. Su rama militar, Izz al-Din al-Qassam, fue la responsable de una intensa campaña de terrorismo contra el Estado de Israel en la década de los 90, acompañando y cuestionando el proceso de paz.

También Al-Yihad al-Islami, la Jihad Islámica, aspira, desde su fundación a finales de los años 70, a la destrucción de Israel y la creación de un imperio panislámico en el Medio Oriente. La liberación de Palestina es vista como la clave para la unificación del mundo árabe y musulmán y no al revés. El desarrollo de estas organizaciones han puesto también en evidencia la tensión entre los componentes religiosos y los

Ciertamente, el fundamentalismo se ha acrecentado por la influencia de la revolución islámica en Irán y su impacto como modelo y como fuente de financiamiento, le ha conferido una nueva tensión a la dinámica y la interacción entre los actores políticos en el seno de la población palestina.¹⁴ El Islamismo o Islam Radical dibuja hoy un escenario complejo. Al tiempo que ha reforzado los valores integristas del orden religioso, social y político y la superioridad del plano trascendente sobre el inmanente, avanza en la construcción de una hegemonía político-cultural. Si bien en la conquista del poder político no ha tenido otros grandes logros como en el caso de Irán, sí ha conseguido ser exitoso en la influencia cultural y espiritual en el mundo árabe y musulmán. Tal como Sivan (1985) afirma, ha conquistado el corazón y las mentes de sectores importantes de las poblaciones musulmanas árabes, sustituyendo en el debate público al panarabismo y al marxismo.

Las culturas nunca son homogéneas ni unitarias ni menos aún indivisibles, sino que, por el contrario, son la suma de ideas, elementos y conductas diferentes; el mundo musulmán no es uno, aunque la confrontación ha amenazado con ampliar las grietas de entendimiento en la región. Para el mundo árabe, el sionismo operó como objeto sustituto de su encuentro con occidente y los orígenes de este pueden rastrearse incluso hasta antes del establecimiento del Estado de Israel. Si desde sus inicios el proyecto sionista fue visto en el mundo árabe como una prueba a su capacidad de supervivencia con la modernidad occidental, el surgimiento del Estado de Israel y las sucesivas guerras fueron vividos como una demostración de la dificultad de ese encuentro. La complejidad de este mundo en lo que compete a las diferentes dimensiones modernizadoras explica

ideológicos-nacionalistas de los proyectos político en el seno de la población palestina

14 David Menashri (ed), *The Iranian Revolution and the Muslim World*, Boulder, Westview Press, 1990

el que las principales fuentes problemáticas del arraigo del Islamismo no provienen exclusivamente de su cuestionamiento de los procesos de secularización sino de su propósito de representar un programa alternativo a la modernidad.

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Sin un afán de reconstrucción cabal de los altibajos del proceso de negociación, es nuestro interés destacar han momentos que merecen ser destacados a la luz de una lectura integral que permita comprender la complejidad de los virajes en el binomio proceso de paz/conflicto así como en los actores y niveles involucrados, para evitar lecturas reduccionistas.

A la luz de los procesos que han tenido lugar en el seno de las sociedades israelí y palestina, y en el marco de las transformaciones internacionales, la individuación de los actores y su reconocimiento mutuo vehicularon el proceso de paz. Los acuerdos de Oslo así como los acuerdos subsecuentes firmados en El Cairo, en mayo de 1994, para la rápida concreción de la Declaración de Principios en lo que concierne a la autonomía palestina en Gaza y Jericó, denotaron el predominio de la voluntad política por encima de los obstáculos.¹⁵ La rapidez así como el relativo éxito en su implantación y el dominio que los diferentes actores asumieron reforzaron el papel mediador de los Estados Unidos; de este modo, la administración

15 Sus principales puntos incluyeron el retiro de las fuerzas militares y civiles israelíes de dichas ciudades; la transferencia de autoridad en los rubros de gobierno local y seguridad interna; y el establecimiento de una Autoridad Palestina cuya designación, si bien dependía de Arafat, abrió de lleno la cuestión de las formas democráticas de composición del gobierno palestino. Los acuerdos contemplaron, además, el establecimiento de instituciones conjuntas de cooperación civil y regional; la cuestión de la jurisdicción palestina sobre tierra y subsuelo vis-a-vis el control aéreo que permanecía en manos israelíes, así como el establecimiento de fuerzas de seguridad palestinas, entre otras cuestiones. Éstas, así como las relacionadas con el tema de los prisioneros o bien con la cooperación económica, se insertaron en la gama más amplia de problemas que, de carecer de un compromiso reforzado con las negociaciones, podían interrumpir el proceso todo.

Clinton ofreció la posibilidad de obtener apoyo a cambio de su incorporación al proceso de paz. La propia dinámica parecía reforzar su acercamiento al bloque árabe pragmático, iniciado con el colapso de los principales componentes del concepto de paridad estratégica de Siria, la URSS e Irak.

De este modo, durante la primera mitad de los años 90, el recurrente conflicto de la región dejó de ser pensado y periodizado en términos de las guerras libradas y las relaciones pasaron a ser conceptualizadas a la luz del desarrollo del proceso de paz. Hoy queda claro que el diálogo y la negociación, a pesar de la lentitud y los altibajos, en la medida en que excluyen la violencia seguirán formando parte de las soluciones al conflicto.¹⁶ En el marco del carácter gradual de la construcción de entendimientos políticos, ya entonces resultaba claro que el éxito dependería no sólo de los alcances de los acuerdos negociados sino también de la capacidad de neutralización de los elementos opuestos a la paz. Mientras que la “ambigüedad constructiva”, a decir de Hana Siniora, demostraba ser estratégicamente positiva, la amenaza de los opositores planteó un reto central: hasta dónde el diálogo podría coexistir con la violencia sin ser interrumpido por esta.

Así, la década no avanzó con los ritmos esperados. Recordemos que la oposición a la constitución de la Autoridad Palestina por parte del Jihad Islámico y HAMAS y por ende al proceso de paz, se expresó en un llamado a boicotear la elección de Arafat como Presidente de la Autoridad Palestina, en enero de 1996. El fracaso de este intento se continuó en la ola de ataques terroristas lanzados contra Israel en los meses subsiguientes que alterarían los supuestos mismos del proceso. Ciertamente definieron, en primer lugar, la alternancia electoral que condujo a Benjamín Netanyahu al poder en las elecciones

16 Mario Szraider, *Op. Cit.*

llevadas a cabo tras el asesinato de Rabin en noviembre de 1995, en el marco de la campaña de deslegitimación de la que había sido objeto el Primer Ministro por parte de la oposición encabezada por los colonos de los territorios y los sectores del nuevo nacionalismo religioso.

La desocupación de las ciudades bíblicas en Cisjordania desató la férrea oposición que habría de incidir sobre las fases posteriores de ejecución de los acuerdos, debilitándolas. De hecho, y tal como señalamos, se vio consumada la inversión de binomio paz-seguridad del laborismo por el de seguridad-paz que caracterizarían al nuevo gobierno. La espiral de violencia incrementada por el ritmo mismo y alcance del establecimiento de nuevos asentamientos condujo a que la seguridad nacional asumiera un lugar prioritario, por sobre los acuerdos con los palestinos.

Esta tendencia se vería reforzada en los años siguientes a través de una política de desaceleración de los tiempos de implementación de los acuerdos de Oslo y de incremento de los asentamientos. El deterioro de las condiciones económicas de una región no pacificada y la inestabilidad en la frontera con el Líbano, entre otros factores problemáticos del gobierno israelí, anticiparon las elecciones en las que, en mayo de 1999, el laborismo accedió nuevamente al poder en la figura del primer ministro Ehud Barak. La propia coyuntura política interna así como las expectativas internacionales explican su febril esfuerzo por acortar los tiempos del proceso de paz y superar el gradualismo de Oslo. Necesitó de acceder a una solución cabal que permitiera que el posible acuerdo de paz tuviese una aprobación plebiscitaria, toda vez que no contaba con la mayoría en el parlamento, el primer ministro Barak promovió una nueva iniciativa que resultaría la más audaz hasta entonces, la que condujo a Camp David II, en julio del 2000.¹⁷

¹⁷ Se abría así la posibilidad de recuperar la concepción y los ritmos del proceso de paz. La propuesta incluía más de 92% de los territorios de Cisjordania y Gaza para los palestinos, quedando en manos de

Más allá de experiencias y mitos, Camp David II arrojó luz sobre las limitaciones de un proceso de negociación preso de profunda desconfianza y resentimientos mutuos así como de errores de táctica y de metodología. Estuvo precedido y acompañado hasta el final por graves errores directivos y una total falta de preparación y, sobre todo, de una concepción y disposición diferente del liderazgo que a él acudió.¹⁸ Es innegable también que tuvo significados opuestos para israelíes y palestinos. Para los primeros, una magnífica propuesta de poner fin a un conflicto centenario que fue echada a perder por la intransigencia palestina. Para los segundos, una conspiración destinada a preservar la ocupación israelí de sus territorios misma que “salía por la puerta solamente para volver a entrar por la ventana”.¹⁹ La incapacidad de neutralizar las demandas opositoras o bien la falta de voluntad de pagar el precio de la alternancia política explican gran parte de la ambigüedad manifestada por Arafat frente a la política como ámbito de negociación y de construcción de instituciones.

Las negociaciones no pudieron ser salvadas por el presidente Clinton cuyo interés en acelerar los tiempos alrededor de Camp David obedeció a la finalización inminente de su mandato y a su interés de proyectar su gestión en un renovado posicionamiento de Estados Unidos en la región. Consecuentemente, convocó nuevos esfuerzos que no prosperaron tales como la reunión en Sharm al Sheik, donde se creó la Comisión Mitchell

Israel: el resto para concentrar allí todos los asentamientos que se desmantelarían con la devolución de territorios. Incluía, a su vez, la anexión de zonas cercanas a Jerusalén y entre Hebrón y Jerusalén, en la que los asentamientos precedían la existencia del Estado de Israel y un bloque de asentamientos al norte de Jerusalén. Contemplaba también el tema de los refugiados con diversas opciones de retorno y arreglos internacionales de compensación. También quedó incorporada la cuestión de Jerusalén, con proposiciones de soberanía palestina parcial sobre barrios árabes y soberanía israelí sobre el Monte del Templo.

18 Merachem Klein, “Shattering the myths of Camp David”, Haaretz, 8 de agosto del 2003, Mario Sznajder, Judith Bokser.

19 Uri Horowitz, “Camp David 2 and President Clinton’s Bridging Proposals: The Palestinian View”, Strategic Assessment, volume 3, n° 4, January 2001, Jaffe Center for Strategic Studies, Tel Aviv University.

(noviembre 2000) —encabezada por el actual delegado del gobierno del presidente Obama a la región.

Así, la Segunda Intifada habría de poner fin a la convivencia de la oposición violenta con las negociaciones y fortalecería el fundamentalismo islámico. Desde una perspectiva histórica, la envergadura de la crisis replanteó la posibilidad y capacidad de superar un rechazo histórico que conjunta la animosidad del conflicto, siempre político, con profundos sentimientos antijudíos. En esta línea, tras el acuerdo de paz con Egipto y después de Oslo, privó la tendencia a reforzar una imagen y una narrativa que recuperaba un pasado de convivencia pacífica entre musulmanes y judíos y enfatizaba el origen occidental del antisemitismo. No obstante hay que recordar que desde el siglo XIX, en el marco de los procesos de modernización y durante el mandato británico, los nacionalistas árabes, musulmanes y cristianos, apoyaron regímenes e ideologías profundamente antijudías. Jóvenes nacionalistas de Egipto, Irak y líderes palestinos como Haj Amin al Hussein establecieron nexos con la Alemania nazi. De allí que la coexistencia de sentimientos anti-israelíes o antisemitas, que forman parte de la retórica nacional árabe con un discurso antijudío o antisemita hace difícil el deslinde, tanto más requerido para comprender los procesos de construcción de confianza. Hace también difícil deslindar entre la manipulación y el uso de la propaganda con propósitos de movilización y la autenticidad y profundidad de los conceptos y sentimientos antisemitas así como la interacción entre ambos.²⁰

Los sucesos del 11 de septiembre generaron un cambio radical en el orden internacional, en la concepción misma de lo que es la guerra y lo que significa el terrorismo²¹ y afectaron

20 Dalia Ofer, "Arab and Muslim Antisemitism Today: Traditional or Contemporary", Annual Report-International Center for the Study of Antisemitism, octubre de 2001, The Hebrew University of Jerusalem.

21 Ulrich Beck, *Sobre el Terrorismo y la Guerra*, Barcelona, Paidós, 2003.

de un modo directo la política exterior de Estados Unidos y su involucramiento en la región. Con la llegada al poder de la administración Bush, se dio un distanciamiento inicial de dicha postura, alentando una política exterior y de defensa unilateral altamente excluyente. Basada en un escepticismo hacia los marcos y organizaciones internacionales, esta estrategia buscó alejarse de los riesgos de una gestión militar en regiones del tercer mundo, incluido Medio Oriente y optó por los instrumentos de la diplomacia más tradicionales. Sin embargo, el incremento de violencia en la zona ya había conducido a que desde abril del 2001, aun antes de los acontecimientos de septiembre, aumentase su interés en la región. Temeroso de que su postura fuese interpretada por el mundo árabe como un apoyo de facto a Israel, se distanció de su perfil bajo y emprendió un esfuerzo renovado para asegurar un cese de fuego palestino/israelí estable. Sus principales instrumentos fueron entonces el Informe Mitchell y el Plan Tenet. El primero, si bien producto de la administración Clinton, fue hecho público en abril del 2001 y retomado por la presidencia de Bush.²²

Serían precisamente los acontecimientos de septiembre y la búsqueda de un amplio frente aliado en la lucha contra el terrorismo lo que conduciría a Estados Unidos a un acercamiento con el mundo árabe. El interés de incorporar en el amplio frente de lucha a países como Egipto y Arabia Saudita estaba detrás de los movimientos de acercamiento que veían el establecimiento de un Estado palestino, que coexistiera con

22 En esencia, el Informe Mitchell concebía un proceso de reducción del conflicto incremental y por fases, basado en nociones de reciprocidad y simetría entre las partes. Mientras que Israel era llamado a congelar todas las actividades de asentamiento en la Margen Occidental, incluido el crecimiento natural de los asentamientos existentes, como parte de las medidas de construcción de confianza que habría de seguir al cese de fuego, a la Autoridad Palestina se le exigía hacer claro, mediante acciones concretas, que el terrorismo era condenable e inaceptable y, consecuentemente, hacer un esfuerzo por prevenir los actos de terrorismo y castigar a los perpetradores. Sólo después de que esas medidas fuesen cabalmente aceptadas e implementadas podrían retornarse las negociaciones diplomáticas entre las partes.

el Estado judío, parte integral de un arreglo permanente entre Israel y Palestina.²³ Al tiempo que se le continuaron exigiendo a Israel el fin a las actividades de asentamiento, persistió la condena a los actos de terror palestino.

Es precisamente desde la perspectiva de la lucha contra el terror en la que emergió Afganistán, primero, e Irak después, como parte de una concepción que definió el papel de los Estados que apoyaron este tipo de acción. El papel de Estados Unidos se iría consolidando junto a la redefinición de los actores y la creciente importancia de toda la región como sede del proceso. La invasión de Afganistán fue relativamente rápida y exitosa en la configuración de la coalición internacional y marcó con mayor precisión el objetivo de combate a los países asociados al terrorismo. En esta lógica se inscribe la guerra de Irak y la expectativa de su impacto sobre el Medio Oriente. La ubicación de Irak pudo ser visto, si se quiere, a la luz de la división de intereses expresada en el seno de las Naciones Unidas, mismo que afectó directamente la posibilidad de construir un frente único europeo. Su influencia, sin embargo, volvió a proyectarse por su participación como parte orgánica del Cuarteto que elaboró el Mapa de Ruta, propuesta formulada en diciembre de 2002 por Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y la ONU. Esta se nutrió de la experiencia de una larga década y formuló una solución basada en el reconocimiento mutuo, la coexistencia estatal y liderazgos legítimos y negociadores: en el caso palestino, comprometido con la construcción estatal, institucionalidad, ordenamiento de civilidad y democracia; en el caso israelí, dispuesto a tomar las medidas que se exijan para el establecimiento del Estado palestino.

23 De acuerdo a la resolución 1397 del Consejo de Seguridad de la onu, emitida el 12 de marzo del 2002, donde se alienta: "el concepto de una región en que dos Estados, Israel y Palestina, vivan uno junto al otro dentro de fronteras seguras y reconocidas..."

Caracterizado por ser un instrumento basado en realizaciones, propósitos definidos, fases, tiempos y fechas límites, el nuevo plan buscó orientar los avances progresivos a través de pasos recíprocos de las dos partes en el ámbito político, de seguridad, económico, humanitario y de construcción de instituciones. Considera que la solución de dos Estados será lograda a través de tres fases, a partir del fin de la violencia y el terrorismo, el reconocimiento y la negociación entre las partes. Prevé que el Cuarteto apoyará la implementación, que comienza en la primera fase con el diálogo entre las partes de quienes dependerá, por otro lado, los logros basados en el cumplimiento de sus obligaciones mutuas. El arreglo final recoge las bases de la Conferencia de Madrid, el principio de tierra por paz, las resoluciones de la ONU 242, 338 y 1397, acuerdos previos entre las partes y la iniciativa del Príncipe Abdullah de Arabia Saudita, avalado por la Cumbre de la Liga Árabe en Beirut que llama a aceptar a Israel como un vecino con el que se ha de vivir en paz y seguridad, en el contexto de un arreglo global. De este modo, la iniciativa contempló el arreglo de Israel con Siria y con Líbano.²⁴

Entre los supuestos del nuevo plan, desde la óptica del liderazgo requerido para la construcción institucional del Estado en ciernes -que exige el monopolio legítimo de la violencia y no su dispersión entre grupos que se disputan su titularidad- el fin de la era de Arafat y la transición del poder resultaron fundamentales. La muerte de Arafat en noviembre del 2004 dio lugar a un nuevo escenario. Paralelamente a la emergencia de los

24 Mientras que la primera fase cubre el fin del terror y la violencia, la normalización de la vida en Palestina y la construcción de instituciones palestinas, la segunda, de transición (contemplada inicialmente hasta diciembre del 2003), se definió por esfuerzos para crear un Estado palestino independiente con fronteras provisionales y atributos de soberanía, basado en una constitución como un paso para su estatuto permanente. La tercera y última fase contempla un arreglo permanente y el fin del conflicto (2004-2005) supone la consolidación de las reformas y estabilización de las instituciones palestinas. El texto del Mapa de Ruta puede ser consultado en <http://www.mideastweb.org/quartetm3.htm>

primeros signos de violencia resultantes de la multiplicidad de facciones que gravitaban en la política palestina, se llevó a cabo pacíficamente la elección inicial de tres sucesores para asumir los numerosos roles que Arafat concentró. Posteriormente, en febrero del 2005, el pueblo palestino realizó elecciones presidenciales en las que privó la madurez política por sobre la oposición de los grupos extremistas islámicos. De ahí que, a pesar de que el legado de Arafat pudo ser disputado entre cinco facciones, tres instituciones diferentes y catorce grupos de seguridad dentro de Fatah,²⁵ la capacidad y determinación de superar la anarquía mostraron sus propios signos.

Ciertamente, el nuevo liderazgo encabezado por Mahmud Abbas enfrentó desde el inicio la tarea de construir su poder y legitimidad. La necesidad de establecer confianza, representación y participación implicó un gran esfuerzo para mantener la estabilidad y construir la dimensión de institucionalidad que estuvo ausente en el liderazgo previo.

La interdependencia funcional entre Israel y los palestinos se benefició del entendimiento entre Sharon y Abu Mazen; cada uno necesitó del otro para fortalecer sus posiciones internas y hacer compatibles sus demandas, aunque diferían enormemente los mecanismos políticos y las alianzas necesarias.

Los dos eventos que sumaron esperanzas fueron sin duda el compromiso de Abbas de poner fin a las actividades terroristas contra los israelíes –que necesitaba desde el principio del consenso de HAMAS y la Jihad Islámica– y la retirada israelí de Gaza.

Desde el punto de vista internacional, cabe destacar que la administración del Presidente Bush buscó traducir su lucha contra el terrorismo a una estrategia mayor, más positiva y perdurable como lo es la construcción de regímenes

25 Rubin Barry, "Understanding Palestinian Politics", Foreign Policy Research Institute, 4 de noviembre del 2004.

democráticos en el Medio Oriente.²⁶ Esta estrategia estuvo encaminada a promover la liberalización de los mercados, la realización de elecciones libres, una prensa independiente y la consolidación de asociaciones cívicas y políticas que permitan transitar a la democracia en 22 países árabes.

El compromiso con la democracia –y no sólo con procesos de liberalización política– implica una toma de distancia de los programas previos en la región, orientados a apoyar a regímenes alineados con Washington. El hecho de que los sectores islamistas fueron los primeros en beneficiarse de la apertura democrática de fines de los años 1989 y principios de los 1990 reforzó la lógica de esta estrategia de *realpolitik*.²⁷ Por ello, entre los cuestionamientos que entonces emergieron destaca el relacionado con la capacidad de fortalecer la organización y participación política que contrarreste la presencia de los grupos islámicos. El control que ejercen en las mezquitas urbanas y en las organizaciones y redes de asistencia social les dieron una ventaja considerable desafiando así los límites sobre otros sectores de la sociedad, desafiando así las limitaciones de una despolitización forzada.

Esta interrogante fue y es válida tanto para la sociedad palestina como para las sociedades del mundo árabe que permanecen débiles y fragmentadas.

La fase que entonces se inició combinó profundos cambios locales con transformaciones regionales e internacionales así como el desafío de que el ritmo e intensidad de la negociación política debían sobreponerse tanto a los riesgos derivados de la extrema precaución que acompañó a Oslo como a las vicisitudes asociadas al carácter impetuoso de Camp David.

26 Martin Walter, "The Democratic Mosaic" *The Middle East. Ready for Democracy?* The Wilson Quarterly, Woodrow Wilson International Center, Washington, primavera del 2004

27 Daniel Brumberg "Beyond Liberalization?", *ibidem*.

Ello se expresó en Annápolis, ya que ambas partes acordaron una agenda que se realizaría por dos canales paralelos: la implementación de lo establecido en el Mapa de Ruta y simultáneamente, la negociación de un acuerdo permanente. Esta modificación dio cuenta de que si no se incorporaba en el horizonte presente los acuerdos finales se carecería de una motivación para llevar a cabo las condiciones fijadas.

Quienes apoyaron la estrategia de canales paralelos consideraron que el “horizonte de solución política” reforzaría los sectores moderados; legitimaría el proceso y conduciría a la aceptación de una solución que implicaba el reconocimiento del Estado de Israel.

RECURRENCIAS Y VIRAJES

Desde la perspectiva internacional, las tendencias vigentes reforzaron gradualmente la participación ampliada de los protagonistas, nuevos y viejos, redefiniendo la unipolaridad en un contexto en el cual la lucha por nuevas reglas de gobernanza global y regional, nacional y local tiene derroteros inciertos. La crisis económica de Estados Unidos tendió a reforzar el tránsito de focos de poder hacia el Este: China e India se perfilan y afirman en el escenario internacional y Rusia busca redefinir la geopolítica.

Por su parte, la diferenciación interna del mundo árabe también se ha hecho presente, tal como puntan las iniciativas y el rol jugado por Egipto, Jordania, Arabia Saudita, reforzando nuevas dinámicas de interacción regional y nacional. Todo ello incidió sobre la ampliación de los márgenes de negociación y, simultáneamente, fortaleció el activismo de los opositores, como es el caso del integrista musulmán e Irán. Este último, y su proyecto de hegemonía regional transnacional ha devenido un factor central en la búsqueda de equilibrios.

El Medio Oriente sigue exhibiendo viejas divisiones y ha gestado nuevas fracturas internas: el Islam radical y los sectores moderados; Sunni y Chiitas; reformistas vs. conservadores; autoritarios vs liberalizantes; estados del Golfo enriquecidos por el petróleo al tiempo que el resto del mundo árabe está inmerso en la pobreza. Esta diferenciación apunta, a su vez, en el marco de tendencias globales, a la conformación de alianzas transnacionales que alteran las configuraciones nacionales prevalecientes y demandan ser leídas en su propia dimensión para dar cuenta de las confrontaciones y brotes de violencia. Tal es el caso los nexos de movimientos como HAMAS y Hezbollah con Irán. El carácter de proveedor de armas de este último es el que contextualiza el operativo militar israelí en Gaza. De allí que los argumentos que enfatizan la diferencia en el grado de sofisticación del armamento utilizado por las partes no pueden desconocer la inserción de la situación en la zona en el escenario regional más amplio de construcción de una nueva hegemonía.

Gaza ha constituido un foco de tensiones, miseria y violencia, Como bien ha afirmad Sznajder “ concentra la esencia de irresolución del problema palestino”. Sin embargo, HAMAS -como Hezbollah- no pueden ser leídas al margen de Irán y Siria. Su proyecto de una política militarizada se construye paralelamente como red social de apoyo, en tanto proveedora de servicios básicos a una población carnciada y de allí su arraigo popular. Sus milicianos se mezclan con la sociedad civil; se funden en ella y la constituyen. Desde allí se atacó a la población israelí. Por ello, el intento militar israelí de combatirlo y a la vez aminorar el número de víctimas civiles inocentes y el número de bajas en el ejército fue a la postre contradictorio y el equilibrio entre ambos compromisos difícil.

Desde este punto de vista de las transformaciones en el plano internacional, la articulación entre lo global, lo regional,

lo nacional y lo local hace aún más complejas las dinámicas en las que se dio el último conflicto armado en Gaza. Este tuvo lugar en el contexto de una coyuntura que apuntó nuevamente a dos procesos simultáneos. Por una parte, el avance hacia un arreglo final que al perfilarse genera, por la otra, la exacerbación de la oposición a este. En otros términos, el horizonte de los arreglos finales ha alentado el diálogo y ha exacerbado la oposición. Finalmente la posibilidad de acuerdos en torno a los objetivos últimos como son Jerusalem, las fronteras, el retorno de territorios y el desmantelamiento de asentamientos; la cuestión de los refugiados; y el reconocimiento y el mantenimiento de la seguridad de Israel han conducido a la diferenciación de los campos. Mientras que en el caso israelí ha marcado el resultado de las últimas elecciones que le dieron el éxito a Netanyahu, la actuación de HAMAS en Gaza debe leerse en ese mismo sentido. Lo que diferencia a la partes es precisamente sus niveles de institucionalización: la asimetría institucional-estructural condiciona e influye las posibilidades mismas de las negociaciones. Las condicionó en el pasado y condicionan hoy el comportamiento político. Incluye el tema del liderazgo, de la sociedad civil, y los ordenamientos políticos y, por tanto, el lugar de la violencia.

Si a su vez tomamos en cuenta que el liderazgo palestino ha estado expuesto de manera recurrente al doble dilema de la imposibilidad de neutralizar las demandas opositoras o bien la falta de voluntad de pagar el precio de la alternancia política, la ambigüedad frente a las negociaciones aún opera como riesgo. Sin embargo, el deslinde gradual de la realidad de Gaza de la pacificación de los territorios llevada a cabo por Abu Mazen ha hecho emerger una nueva dinámica. La Autoridad Palestina, cono todos los desafíos asociados a la consolidación de su liderazgo ha necesitado comprometerse con la política como ámbito de negociación y de construcción

de instituciones. El desafío es construir un ordenamiento político que debe conciliar eficacia con democracia y modernización con participación, en un contexto que demanda la construcción de nuevos consensos civiles no es menor.²⁸

El equilibrio entre ello y la centralidad de la lucha por la destrucción de Israel como referente de articulación es de este modo uno de los desafíos a la vez viejo y nuevo. La consolidación de HAMAS en Gaza. Dejó de ser un episodio momentáneo.

El dilema de esta situación para Israel tiene una contradicción interna: las limitaciones de un interlocutor dividido que carece de la legitimidad y el poder requeridos para realizar un compromiso histórico y, a su vez, la conciencia de que la unificación no necesariamente incluiría a HAMAS, vulnerando todo acuerdo. Paralelamente, y atendiendo a los actores en la región, el panorama es complejo: mientras que ha habido un progreso en el reposicionamiento de Siria, lo que alienta la ampliación de los frentes de negociación del conflicto, pone en evidencia los riesgos implicados en la actuación de quien también mantiene estrechos lazos con HAMAS y Hezbollah.

La llegada al poder del presidente Obama ha conferido un nuevo perfil al protagonismo de Estados Unidos; al tiempo que opera en el marco de una redefinición de las relaciones bilaterales, tal como se ha manifestado sobre todo con Israel y sus expectativas de modificación de la política de asentamientos, ha buscado enmarcar su gestión en acuerdos multilaterales. El carácter acumulativo de los vaivenes a lo largo de la década explican las alteraciones que las propuestas y los actores que las abanderan han sufrido. La oposición proveniente de los grupos de los colonos en los asentamientos incorporó un entramado religioso-nacionalista

28 Glenn Robinson, "Palestine After Arafat", *The Washington Quarterly*, otoño de 2001.

cuya marginalidad no ha impedido el impacto de su crítica y la ruptura de consensos y hoy Israel se enfrenta a la necesidad de una revisión de esta política.

A su vez, dada la experiencia de los límites a los esfuerzos unilaterales, la búsqueda de esta matriz de marcos multilaterales, por una parte así como el relajamiento de las condiciones para entrar en contacto con regímenes como el de Siria e Irán y una mayor conexión entre el conflicto árabe israelí y otros conflictos regionales, todo ello abona a la posibilidad de reforzar los canales de negociación entre Israel y palestinos conducentes a los arreglos finales. Los dilemas de ambas partes sólo pueden resolverse políticamente.

A los procesos socio-políticos se suman hoy, de nueva cuenta, las consideraciones económicas de una región que ha pagado el precio de la no pacificación con una severa crisis económica, falta de crecimiento y pauperización de su población. Aunque el comportamiento de la economía israelí y el de la palestina ha sido diverso y diferenciado, en función de las capacidades y estructuras previas, el carácter sostenido y singular del conflicto ha tenido efectos negativos en ambas sociedades. Si bien factores tales como la política gubernamental, en un caso y la corrupción en el otro, y la influencia de la economía global han jugado un papel importante en la recesión económica que ha afectado a la zona, es sin duda alguna la violencia la que ha puesto su impronta sobre la crisis. La creciente diferencia en las condiciones en Gaza y los territorios testimonia la importancia de estos factores.

Por otra parte, persiste el desafío de construir la confianza y el reconocimiento que operen como sustrato de los arreglos a alcanzar. Conflictos de esta naturaleza requieren soluciones políticas acotadas y concertadas pero también confrontan cosmovisiones y narrativas. Gran parte de la

narrativa nacional judía que recupera la persecución y el rechazo histórico ha sido incorporada a la narrativa palestina: exilio, dispersión, retorno, holocausto. Sin embargo, el rechazo a descubrir la dimensión de movimiento nacional del sionismo y su recurrente percepción como movimiento colonialista de expansión de Occidente ha conducido a que en la interacción de narrativas, esta incorporación devenga negación.

Por otra parte, atendiendo a las identidades colectivas nacionales como comunidades imaginarias, surge el desafío de construir nuevos referentes que condicionarían las percepciones así como la definición misma de la naturaleza del conflicto. Ciertamente, la reconversión de imágenes y valores para superar barreras históricas resulta más probable en el marco de un proceso de construcción de intereses convergentes a corto y mediano plazo que incida sobre la construcción social y cultural del entendimiento. Las identidades colectivas son el resultado de procesos de construcción social que aunque están nutridos por profundas raíces culturales, dependen de una elaboración continua en la que la voluntad política ocupa un importante espacio.

Así, a través de recurrencias y transformaciones se oscila entre el diálogo y la confrontación. Siguiendo la metáfora histórica de Harcavi, las partes en conflicto encuentran la necesidad de subirse a un tren sin saber cuál será la estación de llegada y aunque en el camino puedan descubrir que deben pagar un alto costo, el no hacerlo puede tener resultados catastróficos. Negociación y política, la construcción de instituciones y el pragmatismo son así binomios que pueden ser reforzados para interrumpir la alternancia entre ciclos de diálogo y violencia.²⁹

29 Yehoshafat Harcavi *Fateful Decisions*, Tel Aviv, Ami Ovved, 1986.

Nuestra mirada histórica no sólo apunta hacia el carácter multifacético del conflicto, en que se convocan las dimensiones históricas, sociales, económicas, políticas y culturales, sino también a la toma de distancia de modalidades previas a la luz de las nuevas interacciones posibles y buscadas.